

# MIS ÚLTIMOS VEINTE

---



EDICIONES DEL FUTBOLISTA

JOSE LUIS SÁNCHEZ SOLÁ, CHELÍS

---

MIS ÚLTIMOS  
VEINTE

---

*F*ICTICIA

---

MÉXICO

2020

MIS ÚLTIMOS VEINTE

D.R. © José Luis Sánchez Solá, Chelís

D.R. © Heriberto Murrieta por el prólogo

D.R. © Ficticia, S. de R. L. de C. V.

Edición: julio de 2020

Editor: Marcial Fernández

Director de la colección: Diego García del Gállego

Diseño de la obra: Rodrigo Toledo

Consejero editorial: Mónica Villa

[www.ficticia.com](http://www.ficticia.com)

[ficticiaeditorial@ficticia.com](mailto:ficticiaeditorial@ficticia.com)

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte por ningún medio, sea mecánico, electrónico, magnético o cualquier otro, sin la previa autorización por escrito de los editores.

ISBN 978-607-521-1282

Impreso y hecho en México/*Made and Printed in Mexico*

# CONTENIDO

## PRÓLOGO

### ES COMO ES

HERIBERTO MURRIETA ..... 11

---

1.- EL PRINCIPIO ..... 13

2.- SÓLO UN PROGRAMA ..... 29

3.- NUESTRA RAÍZ ..... 37

4.- NUEVO COMPROMISO ..... 41

5.- LO NO ENTRENADO ..... 43

6.- LA ETERNA ESPERA ..... 47

7.- LA RIQUEZA QUE TE DA LA HUMILDAD ..... 51

8.- MÁS TIENE EL RICO CUANDO EMPOBRECE .. 55

9.- EN ESTA VIDA TARDE O TEMPRANO

    TODO SE PAGA ..... 59

10.- PACIENCIA SE LLAMA EL JUEGO ..... 63

11.- JUNTOS VAMOS POR LA COSECHA ..... 67

12.- SOY UN IMBÉCIL ..... 71

<b>13.- EL FUERA DE LUGAR DE LAS DECLARACIONES .....</b>	<b>75</b>
<b>14.- AQUÍ Y AHORA .....</b>	<b>79</b>
<b>15.- AHORA MI MENTE ES CLARA .....</b>	<b>83</b>
<b>16.- OJALÁ LLUEVAN FLORES (FOGEL) .....</b>	<b>87</b>
<b>17.- LA ÚLTIMA BARAJA .....</b>	<b>91</b>
<b>18.- UNO MÁS EL PARO OBLIGADO .....</b>	<b>95</b>
<b>19.- ME TITULÉ .....</b>	<b>97</b>
<b>20.- COMER SAPOS SIN HACER MUECAS .....</b>	<b>101</b>
<b>21.- LA ÚLTIMA Y NOS VAMOS .....</b>	<b>105</b>
<b>22.- LA GALLINA DE LOS HUEVOS... DE LOS HUEVOS .....</b>	<b>109</b>
<b>23.- AQUÍ APRENDO .....</b>	<b>113</b>
<b>24.- QUE QUINCE AÑOS NO ES NADA .....</b>	<b>117</b>
<b>25.- EL ÁRBOL DE MANZANAS QUE DA PERAS</b>	<b>121</b>
<b>26.- A JOAQUÍN VELÁSQUEZ ELVIRA .....</b>	<b>125</b>
<b>27.- A LO TUYO, AUNQUE TE TARDES .....</b>	<b>129</b>
<b>28.- PENANDO EN VOZ ALTA .....</b>	<b>133</b>
<b>29.- SÓLO PARTE DE UN TODO .....</b>	<b>137</b>
<b>30.- HOY VERDAD, MAÑANA MENTIRA .....</b>	<b>143</b>
<b>31.- SEGUIMOS CON EL RESULTADO .....</b>	<b>147</b>

<b>32.- ENTRE APLAUSOS, QUEJAS Y LIGUILLAS ...</b>	<b>151</b>
<b>33.- ¿QUIÉN PARA HONDURAS? .....</b>	<b>155</b>
<b>34.- MUERTE DE CASPA .....</b>	<b>159</b>
<b>35.- COMUNICACIÓN DESHONESTA .....</b>	<b>163</b>
<b>36.- TRES EN UNO, LAMIÉNDOSE LOS BIGOTES...</b>	<b>147</b>
<b>37.- EJERCICIO MENTAL .....</b>	<b>169</b>
<b>38.- POR AMOR .....</b>	<b>171</b>
<b>39.- O JUEGAS DE LADRÓN O</b>	
<b>JUEGAS DE POLICÍA .....</b>	<b>173</b>
<b>40.- SE ACERCA EL FINAL .....</b>	<b>177</b>
<b>41.- DE REGRESO .....</b>	<b>181</b>
<b>42.- DECISIONES CON HIELO Y</b>	
<b>CÁSCARA DE LIMÓN.....</b>	<b>185</b>
<b>43.- LA RIFA DEL TIGRE .....</b>	<b>189</b>
<b>44.- LIGUILLA, FINAL Y CAMPEÓN 2008.....</b>	<b>193</b>
<b>45.- SEIS RAZONES POR QUÉ SÍ Y</b>	
<b>CINCO POR QUÉ NO .....</b>	<b>197</b>
<b>46.- DUDAS, RUMORES E INCERTIDUMBRE ....</b>	<b>201</b>
<b>47.- MI CASA EN LLAMAS.....</b>	<b>205</b>
<b>48.- PRIMERO:</b>	
<b>NI EL PEOR DE LOS ESCENARIOS .....</b>	<b>209</b>

<b>49.- LA RECOMPENSA .....</b>	<b>213</b>
<b>50.- LO MEJOR: LA FE Y EL ESPÍRITU .....</b>	<b>217</b>
<b>51.- CÓMO DUELE .....</b>	<b>221</b>
<b>52.- EL QUÉ Y EL CÓMO.....</b>	<b>225</b>
<b>53.- LA BELLA CUAUHTÉMOC.....</b>	<b>229</b>
<b>54.- LLEGARON LOS SEMESTRALES .....</b>	<b>233</b>
<b>55.- DE LA MODA LO QUE TE ACOMODA .....</b>	<b>237</b>
<b>56.- EL REGRESO DE LA OVEJA PERDIDA .....</b>	<b>241</b>
<b>57.- LLEGÓ EL MOMENTO...</b>	
<b>EL PUEBLA PARA EL TRES EN UNO .....</b>	<b>245</b>
<b>58.- ERA, ES Y SERÁ .....</b>	<b>249</b>
<b>59.- ASPIRACIONES E ILUSIONES .....</b>	<b>253</b>
<b>60.- MATEMÁTICAMENTE .....</b>	<b>257</b>
<b>61.- ESTRELLAS EN LA MAR</b>	
<b>ÁNGEL HUERTA.....</b>	<b>261</b>
<b>62.- HÁBLENLE DE SAN .....</b>	<b>263</b>
<b>63.- CRITICO Y LUEGO EXISTO.....</b>	<b>265</b>
<b>64.- JOSÉ LUIS SÁNCHEZ SOLÁ,</b>	
<b><i>CHELÍS</i>.....</b>	<b>269</b>
<b>65.- RALENTIZA .....</b>	<b>273</b>

## ES COMO ES

---

Con una franqueza casi brutal, incómoda, poco común en el reino de lo superficial y lo políticamente correcto, José Luis Sánchez Solá aborda los temas clave de su singular trayectoria dentro de un deporte que corre por sus venas, en este testimonio que él se niega a llamar libro. Para no contradecirlo, digamos que son páginas encuadernadas sin dobleces, como no los tiene su autor.

En efecto, como señalan los escépticos, José Luis no jugó fútbol profesionalmente, como lo cuenta en el primer capítulo. Pero jugarlo no tiene por qué ser requisito *sine qua non* para poder luego dirigir a un grupo humano y permear sobre sus mentes una forma de sentir la vida y de practicar el fútbol.

Así, esta *rara avis* del deporte de las patadas no sólo ha entrenado equipos —al Puebla de sus amores en incontables ocasiones—, sino que ha logrado ascensos, pases a la liguilla y otras cosas importantes, dejando siempre la impronta de la pasión, la frescura y el desenfado. Es verdad que motiva con su proverbial toque humano, pero también conoce la entraña del juego y plasma sus ideas sobre la grama a través de once convencidos intérpretes. Sin rebuscamientos, con un lenguaje coloquial, el técnico poblano se quita las prendas para contar historias que atrapan de inmediato.

Pero ven con el alma desnuda, dice la canción.

Después de muchas entrevistas que fueron una delicia para el entrevistador y para el auditorio, se presentó la oportunidad de trabajar con Chelís en la cadena ESPN. En un programa matutino, no comía los gajos de la mandarina que le ofrecía, sino que se extasiaba oliendo con fruición su cáscara, impregnándose las manos de tan crítico aroma. Esa y otras manías y excentricidades delinean su incomparable y cada vez más acusada personalidad: usa arete, no lleva calcetines, habla el lenguaje del barrio, regala televisores a sus jugadores, te dice “mano”, es capaz de ponerse una cuera tamaulipeca, corre desaforadamente para celebrar un gol, llora cuando es menester, porta un pequeño bolso y se regresa a Pueblita en plena madrugada, contra toda lógica, después de una larga jornada de trabajo en la capital.

En alguna edición de Editorial Porrúa de *Los Miserables*, Javier Peñalosa aceptó que prologar una obra y comentar un autor conduce, en cierta medida, a convertirse en defensor de oficio de tal obra y tal autor. Justamente eso me ha pasado al escribir estas líneas. No puedo evitar que vayan revestidas de enorme simpatía, de sincero cariño, de deliberada parcialidad, hacia el calvo personaje que no tiene pelos en la cabeza... ni en la lengua.

HERIBERTO MURRIETA

# 1. EL PRINCIPIO



No sé por qué siempre empiezo por el final. Este resumen de pensamientos no es la excepción: está escrito casi todo, pero me falta el principio.

Para decir cuándo empezó este viaje y, en específico, el fútbol profesional en mi vida, sólo tendría que irme por fechas.

Desde siempre he tenido una relación estrecha con el deporte de las patadas. A los cuatro o cinco años, mi papá me llevaba a los partidos del Puebla en el estadio Ignacio Zaragoza, los domingos a las doce, categoría de segunda división. A los siete u ocho, me empezó a llevar a los partidos de visitante; plazas como Orizaba, Zacatepec, Naucalpan, La Piedad, me son familiares.

De la práctica y del juego, seguro fueron todos los días. En aquellos años vivíamos en una casa con un gran patio. Tendría cincuenta metros de largo por cinco de ancho. Una portería era la puerta principal de la casa y, la otra, al final de la cochera, cubierta por una lona que hacía de red.

Ahí, una vez cada doce meses, en mi cumpleaños, me dejaban invitar a diez o doce amigos de la clase y armábamos un partido más en forma. Los demás días, aprovechando lo angosto del patio, jugaba, textual, a hacer paredes con las paredes y tirar al arco que tenía lona.

El colegio era grande, con un patio cuadrado y el corredor daba a las aulas. Cada grupo hacía su partido; entonces, en cada arco, había tres o cuatro porteros siguiendo su pelota y, en el patio, ochenta o cien alumnos, con distintos partidos y equipos. Era genial. Nadie chocaba con nadie, todos respetaban la pelota ajena y lo único que importaba era ganar.

La manera común del juego era pegarle lo más fuerte al balón hacia el arco que atacabas y, en ese punto, los de tu equipo trataban de hacer el gol. Pocas combinaciones. La pelota iba de lado a lado sin parar.

No todos los de mi generación tuvieron la fortuna de asistir a colegios en donde el fútbol era importante. Eso, quiero pensar, me benefició. Teníamos un torneo interno contra los alumnos del mismo grado, pero de diferentes salones. Al fondo de la escuela estaba un campo de fútbol de tierra. Las canchas de pasto no existían. Quizá sólo había una, en un colegio del gobierno llamado Centro Escolar.

Después de los torneos locales se hacía un campeonato entre las selecciones de cada colegio. Estos juegos se llevaban a cabo en los campos de La Salle, en los terrenos que ahora ocupa Plaza Dorada y que, por supuesto, también eran de tierra; siete en total.

Así pasé mi primaria, jugando futbol todos los días. El cambio a la secundaria no pudo ser mejor. El mismo colegio, pero en las instalaciones de San Manuel, que contaba con cuatro campos y, el principal, de pasto, sólo se usaba para grandes competencias: finales o partidos en que los de preparatoria enfrentaban a otros colegios.

Era un sueño pisar esa cancha. Conforme ibas creciendo, las posibilidades de jugar allí también crecían. Así concluyó, en el Instituto Militarizado Oriente, mi vida de estudiante, y repito, no hubo un sólo día en mi vida que no tuviera que ver con el futbol.

Ya con edad de universitario, mi vida futbolera cambió para mal. Sólo jugaba en la liga de los domingos; un partido a la semana era un martirio. Y cuando llegaba el día, debíamos esperar a que el árbitro quisiera pitar el juego porque el campo no estaba pintado, o que el rival se presentara, o lo peor, que tu equipo se completara. Era un sufrir del caramba.

En ese entonces yo estudiaba en la Ciudad de México para abogado, pero los viernes a las doce de la mañana me regresaba a Puebla para organizar el juego del domingo. Eso, a los 18 años, no era vida. Al año aborté la idea de estudiar en México y un lunes me aparecí en la casa del señor Lapuente, técnico del Puebla, y al abrirme la puerta con la cara de la derrota, el Puebla había perdido con Tecos 5-4 el día anterior, sin más le dije que su equipo me necesitaba y que me diera una oportunidad. Me respondió que me presentara a entrenar el martes en el estadio.

Aquí hago un paréntesis porque, ahora que escribo esto, me doy cuenta de que nunca le he negado a nadie la oportunidad de mostrarse, sea chico o grande, con o sin experiencia, en los equipos en que trabajé. Creo que de los que me pidieron esa chance, el uno por ciento se quedó, pero la oportunidad la tuvieron. La experiencia más loca o fuera de lo común fue la de un joven con discapacidad; era enano, pero quería ser futbolista. Le expliqué veinte veces, de la manera más fina y prudente, la problemática de su condición para jugar en un equipo profesional de fútbol. Sólo me oía, pero no me escuchaba. Sin más, le hice entrenar una o dos semanas con el primer equipo hasta que se dio cuenta de la realidad; sin embargo, entrenó. Pienso que esto de las oportunidades me viene del señor Lapuente. Se me quedó grabado y, en su momento, seguí el ejemplo.

Entrené con el primer equipo del Puebla seis meses, en la temporada 1978-79. En las interescuadras hacía pareja en la central con Viveros y el lateral derecho, Arturo Álvarez, quien llegó el mismo martes que yo de la reserva del Atlético Español.

En esos tiempos había un torneo de reservas, pero sólo con equipos de la zona centro. Tuve oportunidad de jugar contra América, Toluca, Pumas, etcétera, el preliminar del partido de Primera División. Abandoné mis estudios de Leyes y ahora estudiaba Economía en la UDLA. Hacía mi horario de manera que, a partir de las diez de la mañana, podía entrenar en el Cuauhtémoc. Lo de la universidad sólo me servía como excusa

para vivir en Puebla y lograr mi objetivo: jugar en Primera División.

Al concluir la temporada, me mandaron a los campos de la unidad deportiva a entrenar con un equipo piloto. El cambio fue drástico, pero merecido. No aproveché mi oportunidad y me pusieron en mi lugar, que en su momento no valoré, y en un año terminó mi sueño de ser futbolista profesional.

En el 83, ya casado y con una hija, me contrataron en las Águilas de la UPAEP, que jugaba en segunda B. Con otras condiciones, tampoco aproveché esa oportunidad. Después, mi vida siguió en el ramo comercial, pero nunca desapareció el gusano de pertenecer al fútbol grande.

En ligas domingueras y en cualquier oportunidad, mi cabeza estaba en el fútbol. Me hice de un equipo en la Liga Española de Puebla. Se entrenaba dos días a la semana. El profesor Darío Valdelamar era el entrenador. Después tuve a once jugadores que cobraban por semana, y el equipo se hacía conmigo en la delantera y diez más.

Hubo logros deportivos y un gran hoyo económico de mi parte: la vanidad cuesta. No es un orgullo, pero creo que para Puebla fui de los primeros en pagar por jugar. Malísima costumbre y fuera del espíritu *amateur*.

Sin quererme saltar capítulos y que, al final, desembocuen en mis ganas de pertenecer, en el año 95, me inscribí en la Escuela Nacional de Directores Técnicos

(ENDIT) de la Ciudad de México para hacer el curso de entrenador. Era la primera generación de algo que no tenía muchas bases y que la Federación Mexicana de Fútbol (FMF) lo organizó como mucho éxito, siendo el señor Leñaño presidente de la Federación, y el señor Raúl Cárdenas, director de la escuela.

Yo la tenía clara: sin antecedentes de futbolista profesional, en mi generación estaban Luis Flores, Silvio Fogel, Miguel Barberena, Rafa Chávez Carretero y muchos más que debutaron en segunda división. Debía ser el mejor estudiante para poder tapar ese pecado de no haber sido futbolista.

Los tiempos eran difíciles en lo económico. Como comerciante con deuda bancaria, los intereses estaban al ciento treinta por ciento, y mis inventarios cada día eran más bajos en comparación a mi deuda. En esos días se empezó a engendrar lo que fue el Fondo Bancario de Protección al Ahorro (FOBABROA). Me ocupaba de eso de diez a doce de la mañana, porque a las doce y un minuto me iba a la Ciudad de México, al Centro de Capacitación a recibir mis clases de tres a nueve. Ahí, mi problemática económica se me olvidaba; seis horas hablando de fútbol era la mejor medicina.

Al final, en el 97, logré ser el mejor promedio de mi generación. Nunca falté a una clase y a floró mi espíritu de líder.

Ese mismo año tuve mi primera experiencia como técnico profesional en un equipo llamado Los Superiores de Atlixco, en tercera división y pagado por el

distribuidor de la cerveza Superior. Entrenábamos y jugábamos en el campo Ixtac, de la familia Molina.

Después de visitar los campos de los equipos de nuestro grupo, el mejor escenario era el nuestro: empastado, dos tribunas, vestidores limpios. El equipo estaba conformado por jugadores de Atlixco y alrededores. La gente nos apoyaba en buen número. Nunca ganamos un juego de visitantes, pero en nuestra cancha era difícil que nos sacaran puntos. Mi cuerpo técnico se conformaba de un preparador físico, un entrenador de porteros, un doctor, dos utileros y ya. Yo era técnico, auxiliar, administrador, psicólogo y lo demás que hoy en día se usa.

Los gastos de sueldos, arbitrajes y traslados no dieron para más. Me acuerdo que un día fui por el dinero del mes con nuestro patrocinador. Lo que recibí fue una gran cantidad de cerveza Brisa. Los jugadores la tenían que vender en las esquinas del pueblo para sacar los gastos. Yo no podía permitir esa acción, ¿cómo los jugadores del equipo iban a vender cerveza en las esquinas? Me fui por el camino fácil. Se la llevé a un distribuidor de alcohol en Puebla. Si a él le cobraban la lata a cuatro pesos, yo se las daba a tres. Él, feliz por la compra, y yo, feliz porque teníamos liquidez para seguir compitiendo. Al final no dio para más. La franquicia permaneció en la ciudad con el patrocinio del Necaxa y yo me hice a un lado.

Todo lo que pasa es porque conviene. Fui invitado al mundial del 98 a Francia. De haberme quedado en

Atlixco, quizás esta oportunidad no se hubiera dado. Nuestra sede era Barcelona y, desde ese punto, nos trasladábamos a Francia para ver los partidos de la selección mexicana. Una tarde en el bar del hotel, apareció Paco Bernat, a quien conocía de Puebla. Él estudiaba en un colegio rival del mío, pero éramos contemporáneos y con amigos en común. Después de los saludos de rigor, nos platicó que acababa de comprar el Puebla al señor Abed. Paco sabía de mis estudios de director técnico y, sin más, me invitó a pertenecer a la organización en las fuerzas básicas.

De regreso, me pidió un plan de trabajo para tener otra opción de la que él tenía en su escritorio. En ese tiempo, el Puebla contaba con equipo de Primera División, otro de Segunda B y otro de Tercera. Cuando le entregué el proyecto, me mostró el de Gustavo Moscoso. En verdad quería llorar. Era evidente que el mío era un chiste en comparación con el de Gustavo. Estaba derrotado, pero vino el primero de muchos apoyos que me dio Paco. En el organigrama de Gustavo, enfrente de mí, hizo que abajo del director del proyecto, abrieran un casillero con mi nombre y le pusieran el cargo de coordinador. Con ese puesto, el primero de noviembre del 98, empezó mi carrera en el Puebla.

Nuestra oficina era la sala de trofeos en el estadio. Después se rentó una oficina en la 23 y Avenida Juárez. Todas las mañanas íbamos los entrenadores de segunda, tercera y cuarta categoría para abajo, y Gustavo nos indicaba los acentos a seguir dentro del ciclo.

Después, por las tardes, en el campo de Scala Textil, cuatro categorías, la 83, 84, 85 y 86, entrenaban a las cuatro, juntas en un solo campo y sin ningún problema. La tercera y la segunda lo hacían por las mañanas en la misma cancha.

En 2001 le ofrecieron a Gustavo ser auxiliar en el primer equipo. Pensé que yo tomaría su cargo, pero no fue así. El puesto recayó para el doctor José Luis Arce y yo seguí de coordinador. El gran mérito del doctor fue valerse de sus relaciones con los equipos del centro y formar la liga de fuerzas básicas. Estaban Pumas, América, Cruz Azul, Toluca, Atlante, Pachuca, Morelia y Puebla. Se jugaban contra el mismo equipo dos partidos en casa y dos afuera. Así, por ejemplo, nos visitaba Pumas con su categoría 87 y 88, y nosotros visitábamos el mismo día a Pumas con la categoría 86 y 85. Todo un éxito y mucho roce de nuestros jugadores.

Poco a poco me fui haciendo director. Pero los dineros empezaban a escasear. Los pagos de traslados, arbitrajes y sueldos del personal de fuerzas básicas no llegaban a tiempo. Yo ponía entonces el dinero y Paco Bernat me hacía fuerte con los pagos vencidos. Nunca me pidió cuentas. Lo que yo le decía mediante una hoja de gastos, al mes o, a lo mucho, a los dos meses, él me lo pagaba. De esa manera invirtió entre veinticinco a treinta millones en mantener las fuerzas básicas. Con la venta del primer jugador salido de esa cantera, se pagó todo. Simplemente, de esa cantera, salió el ochenta por ciento de los jugadores que lograron el ascenso en 2007.

Como coordinador y director sufrimos dos descensos. El primero en el 99, un año después de comprar el equipo. Paco, al ver que se podía descender, se hizo socio del Mérida que tenía que jugar el pase final contra el ganador del segundo torneo. Éste era el Curtidores que, en la final por el pase, le ganó al Mérida. Paco compró entonces también al Curtidores, y el descenso del Puebla, como plaza de Primera División, sólo duró dos o tres semanas. Se tenía al Curtidores con el nombre del Puebla y, al Puebla recién descendido, más la estructura de fuerzas básicas.

El segundo descenso ocurrió en 2004. En 2005, de la mano del *Mortero Aravena*, se logró el título en el primer torneo. En ese año desaparecieron las fuerzas básicas y sólo quedó el equipo de segunda división como cantera. En el segundo torneo, en manos de Paul Moreno primero, y del profesor Bracamontes después, no se logró calificar a la liguilla y había que esperar un mes para jugar a ida y vuelta contra el ganador del segundo torneo.

Emilio Maurer, quien fungía como director deportivo o como presidente en ausencia física de Paco Bernat, contrató al señor Menotti y se hizo una mini temporada de casi un mes. Se viajó a Argentina quince días y luego a Puebla. Yo acompañé al equipo en esa travesía, quiero pensar que en representación de Paco. Estar a diario con Menotti fue estupendo para mí y no lo suficiente para el equipo. Al regresar se jugó contra Querétaro, que había resultado campeón del segundo torneo. Se

perdieron ambos encuentros. Para el segundo juego, ya con el marcador en contra, el señor Menotti ya no se presentó, pues antes había firmado un contrato para el Mundial del 2006.

Al otro día empezaba el *draft* en la Ciudad de México, a donde acompañé a Paco. Por reglamento, los equipos debían de tener una filial en liga de ascenso. El señor Bernat ya no quería invertir. Lo que buscaba era recuperar un dinero que la Federación había prometido al equipo que descendiera el año anterior, cuando, también en pleno *draft*, desaparecieran al Irapuato y al Querétaro. Pero como no se pagó, Paco, con el fin de cobrar, cede el equipo al Veracruz con la única consigna de no cambiar de sede. Ese trato se hizo muy temprano y lo que seguía era vender la mayor cantidad de jugadores. Eso hicimos durante la mañana, pero a las dos de la tarde, la FMF puso equipos y lugares de ascenso a la venta y, con esa oportunidad, el Veracruz rompió el trato, y el Puebla, con las manos en la puerta, tuvo que organizar un equipo para competir sin los jugadores importantes vendidos en la mañana.

De esa manera, Paco me dio la confianza de ser el técnico. El objetivo era mantenerlo en la categoría, no bajarlo a segunda B, con un presupuesto de 600 mil pesos al mes para todo. A Emilio Maurer, hay que reconocerlo, no le gustó mucho la decisión de Paco, pero tampoco tenía argumentos, dados los resultados del año anterior. Todo esto fue un lunes y la FMF nos daría una prórroga al viernes para formar nuestro equipo.

A partir del martes, junto con Luis E. Fernández hicimos un equipo basado en un noventa por ciento con jugadores jóvenes que pertenecían al Puebla, o que habían pertenecido y que, en ese momento, estaban retirados. Sólo se podía tener dos extranjeros. Muchos llegaron a prueba, pero ninguno hacía diferencia.

Un buen día previo a la temporada, el hermano de Paco, Jordi Bernat, me ofreció al Bola González, diciendo que él pagaría su salario, ya que estaba fuera del presupuesto inicial. También me acordé de que una vez, jugando en el Cuauhtémoc un partido de preparación contra un equipo *amateur* llamado Policía Auxiliar, cuyo propietario y patrocinador era el Capitán Morgado, que tenía muchos jugadores exprofesionales, en la banca, el señor Menotti, me dijo que el único jugador que valía la pena de los veintidós era el de los pelos largos, nada más y nada menos que El Ruso Zamoginly.

Ya casi para empezar el torneo, a falta de mi segundo extranjero, le marqué al señor López Castellanos, amigo del Ruso, diciéndole que éste me fuera a buscar al estadio al día siguiente. El Ruso llegó y lo primero que me dijo fue que él no venía a hacer una prueba, que ya se regresaba a Argentina después de muchos años de subir y bajar en nuestro país sin haber tenido una oportunidad. Todo esto se dio en el túnel de salida a la cancha. Yo sólo le contesté que subiera a la oficina, pues le iban a dar un contrato por veinte o veinticinco mil pesos, no recuerdo la cifra, pero era el primer contrato que tenía en el fútbol mexicano.

Con ese grupo de jóvenes, más El Bola y El Ruso, debuté en la Liga de Ascenso en agosto de 2006 contra Lobos de la UAP a puerta cerrada por castigo, dados los desmanes en el último juego de la final contra Querétaro. Recuerdo que a los diez o quince minutos fui expulsado, pero de cualquier manera afloró la esencia de este equipo: íbamos perdiendo 0-2 y logramos empatar a dos.

El segundo juego fue en Monterrey contra su filial. El partido lo perdimos y las dudas de mi gestión aumentaban. Yo creo que el fútbol es la única actividad de la vida en la que los objetivos iniciales cambian semana a semana, según sea el resultado. El objetivo era mantener el equipo en la categoría por parte del dueño. El mío, darle la oportunidad de tener un equipo a muchos jugadores que estaban en fuerzas básicas o que, pasando por fuerzas básicas, no habían tenido suerte.

El tercer juego fue de local contra el Tampico. Al final se ganó 2-1 con el gol del Pelón Arenas, uno de los muchos que tomó la oportunidad. Fue mi primer triunfo y el único juego que mi papá me vio dirigir. Sólo recuerdo que, al terminar el partido, corrí afuera del estadio hacia el lugar donde sabía que se encontraba, y le di un beso y un abrazo. Sentí que era un triunfo de él como padre: tenía un hijo técnico y ganador. Para mí, ese fue su primer día en despedirse de la vida. Nunca más fue a un juego, sus condiciones físicas no se lo permitieron y a los dos años, ya con el equipo en Primera División, murió.

En esta profesión he cometido mil errores y he tomado otras mil decisiones malas; estoy seguro de que con su presencia, estos errores y estas decisiones no las hubiera tomado y, al día de hoy, no hay un solo juego de los más de trescientos que dirigí que no haya platicado con él antes del juego.

Le platicaba que iba a hacer, la necesidad siempre de ganar y agradar y yo, aprovechándome de su posición en un gran salón en el cielo, junto a mi padre Jesús, le pedía una mano o un empujoncito: estar sentado junto al Jefe tiene sus beneficios y yo abusé casi siempre de eso.

Fue un año de aprendizaje y de darme cuenta de la cantidad de estómago y vanidad que se debe tener para tomar decisiones. Así conocí a Carlos Hurtado. Me lo presentaron y él llevaba la consigna de despedirme. Me citaron en la Ciudad de México, en el restaurante japonés de un hotel. El equipo iba ganando y estaba de líder. Me parece que me vio bien, acertado en la plática y sin motivos para despedirme. Me imagino que pactó con los que no pensaban de esa manera. Y para ello me puso al señor Pintado, exjugador del Cruz Azul y de todas sus confianzas, a que me siguiera durante los entrenamientos y los partidos. Por más de diez semanas nunca vi el reporte, pero creo que decía lo mismo: el equipo entrena, se entiende y gana todos los juegos. Pintado no intervenía en nada, pero en entrenamientos, hoteles, aeropuertos, a donde volteara, él estaba viendo dónde encontrar un pero, una falta,

«MIS ÚLTIMOS VEINTE»

DE JOSÉ LUIS SÁNCHEZ SOLÁ, CHELÍS, SE TERMINÓ DE  
IMPRIMIR EL 22 DE JULIO DEL AÑO 2020, EN LOS  
TALLERES DE EL ERRANTE EDITOR S.A. DE C.V.,  
PRIVADA EMILIANO ZAPATA 5947, COL. SAN BALTAZAR  
CAMPECHE, PUEBLA, PUE., CP 72550.

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES

